

Rentería, bajo la nieve.

Fué bastante crudo el pasado invierno; bastante crudo para estas latitudes, tan familiarizadas con el agua, lo mismo cuando procede del cielo que cuando procede de las montañas y el Oyarzun se empeña en servirnosla como en bandeja; una bandeja que acostumbra a desbordarse...

Crudo, duro y frío —que en lo último radica su crudeza—, fué el invierno de 1.956. Crudo y duro, sí; pero no largo. No seamos injustos. Largo no fué, no; puesto que en su primera mitad —de Sto. Tomás a fines de Enero— hubo jornadas en que nos holgábamos de su benignidad. La mitad primera del señor Invierno pasado la vivimos bastante llevaderamente. Y vencida llevaderamente la mitad... Febrero ya tuvo otro cariz. Comenzó nevando; y el uniforme blanco —el albo manto de que han hablado siempre los poetas— que estrenó apenas comenzado, ya no se lo quitó de encima puede decirse que en todo el mes, que, para colmo de desdichas invernales, fué bisiesto.

Los poetas de todos los tiempos han sentido debilidad por el invierno y por la nieve; y no es cosa extraña, por que hay que reconocer que es algo muy bello. Cae una buena nevada, y todos nuestros paisajes montañosos adquieren de súbito un encantador prestigio de «nashimiento». Esto es lo que parecía nuestra Villa, rodeada de montañas ordinariamente verdes —paisaje de égloga— después de aquellas fuertes nevadas de Febrero, dos de las cuales, por lo menos, fueron verdaderamente estupendas, de esas que — como suele decirse, en tono ponderativo, «los hombres y mujeres más ancianos de la comarca apenas recuerdan nada semejante».



La nieve, pues — estemos, aunque sea por una vez, de acuerdo con los poetas— es una cosa muy linda; a ellos les suele inspirar melancólicos versos, bellos cuadros a los pintores, y su blancura nítida parece acariciar la vista. Pero, cuando ha sido bastante copiosa y tarda en derretirse, y en esto —¡zas!— desciende la temperatura y le da por helar, lo blanco se torna en un gris sucio, y el merengue, en un helado de limón de esos de corte... y ya no hay quien ande por la calle sin el riesgo de un patinazo que, si no tienes dónde agarrarte a tiempo, degenera y acaba, de manera invariable, en una costalada, la más de las veces en postura poco airosa que incita más a la carcajada que a la compasión... Este es el lado desagradable de las nevadas. Por lo demás, los chicos suelen divertirse mucho disparándose bolas; a las muchachas les hace muy gracioso ese encarnadito en la punta de la nariz, y todo el mundo parece que va fumando por la calle...

Tema siempre grato este de la nieve; máxime en esta época de verano, en que tanto agradeceríamos una buena nevada. Pero, ¡ca! Siempre ha de venir en invierno, cuando menos falta hace. De todas formas, la simple contemplación de estas dos fotos que los reporteros de Estudios Figurski obtuvieron en Febrero en otros tantos lugares de la Villa completamente nevados, ¿no llegarán a ejercer en los lectores, con un poco de esfuerzo en la imaginación por parte de éstos, una cierta sensación refrescante?

